

Queridos amigos:



Hace unos días pregunté a mi sobrina, de nueve años y nacida en Argentina, si cuando vivía allí se le subía la sangre a la cabeza, ya que en aquella zona todos andan cabeza abajo. Me miró pensando si estaba tonto, quizá no era para menos, pero ¿no van cabeza abajo en el hemisferio sur? Este simple hecho puede hacer que uno se dé cuenta de hasta qué punto es la realidad más complicada y más extensa de lo que nosotros podemos percibir en una primera impresión.

Continuamente la realidad nos provoca poniéndonos delante de realidades que no esperábamos que se dieran, que no quisiéramos que fueran así, que no entendemos, que se salen de nuestros cálculos... y nosotros podemos acogerlas para hacer más grande nuestro campo de visión, nuestro interior, nuestra comprensión. Pero podemos igualmente cerrarnos a estas situaciones haciendo como si no existieran, como si fueran material de desecho en un mundo que ya conocemos del todo y que sabemos manejar. Entonces sucede que nos enfrentamos al mundo con una especie de armadura de espejos vueltos hacia dentro, y no vemos más que lo que ya sabemos, impidiéndonos esta misma armadura sobrepasarla, hacernos más grandes, más sabios, más humildes, más comprensivos... quedando presos de nosotros mismos.

Mientras somos niños la actitud de sorpresa y acogida confiada ante la enseñanza del mundo que recibimos de los demás es natural, nos dejamos llevar de la mano, y de la mano vamos visitando una realidad que cada día se hace más grande. Pero llega un momento en que la necesidad de andar por nosotros mismos, el deseo natural de identidad individual nos lleva a soltarnos y andar "suelos". La juventud no es sino la segunda parte de aquel gesto del niño que ya no quiere ir de la mano de su madre o de su padre por la calle. Sólo así somos nosotros mismos. El reto entonces es elegir la compañía de quien nos guíe en el mundo que nos falta por descubrir sin someternos ni reducirnos a él mismo. Nuestra libertad no es incompatible con el aprendizaje humilde de otros, es más, cuando no elegimos quién nos acompañe o bien nos estancamos en nuestro *país de las maravillas* o *de las miserias* (estrecho y cerrado), o bien en vez de ir de la mano vamos atados de una correa invisible para nosotros (esto es lo peor) que maneja sin que nos demos cuenta nuestros sentimientos, nuestras ideas, nuestras decisiones...

Yo estoy convencido de que nuestra cultura tiene una *mano invisible* (como decía A. Smith de la economía) que nos hace creer que no hay más realidad que la que a primera vista está ante nosotros, que no hay más posibilidades en la vida que las dadas aquí y ahora, que no hay más sentimientos posibles que los que experimentamos en la inmediatez de las situaciones que los provocan, que no hay más lógica que aquella con la que pensamos nosotros mismos, que no hay más realidad que la que percibimos en la superficie del fluir de la vida. Pues bien, esta mano invisible mata, lo subrayo, *mata* lo que somos porque no deja nacer lo que podemos y debemos ser en la lucha con el mundo real y en la bendición que éste nos reserva. ¡Hay que salir de *Matrix*! Y la cuestión es qué es duro convencerse de que hay algo más allá de los raíles a los que tenemos atados los pies ¿o no?

Pueden ayudarnos hombres y mujeres que no han tenido miedo a buscar más allá de los aplausos o incluso contra los silbidos, hombres y mujeres que a lo largo de la historia más reciente (o no tanto) han buscado y se han entregado a la verdad y a lo más humano de ellos mismos, hombres y mujeres que han querido engrandecer el mundo en vez de vivir en lo estrecho de sus miserias y comodidades... Ellos nos ofrecen su compañía si estamos dispuestos a *aprender a ser libres*. También otros más cercanos que encontramos en el camino de la vida... Podría dar nombres que a mí personalmente me han ayudado: ¿Conoces a Sören Kierkegaard, Etty Hillesum, Abbé Pierre, Teresa de Calcuta, Dietrich Bonhoeffer? Pero sobre todo, para mí, Jesucristo es la compañía que abre la vida a una libertad que nos hace verdaderamente humanos. Ya sabes que es suya la frase: *Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*. Pues bien, tú ¿de quién te dejas acompañar?

Os reitero mi saludo y mi oración.

Un saludo. Paco.